

Guadalajara? Lo cierto del caso es que el manifiesto hizo gran impresión y que haciendo á un lado sus atroces imputaciones perfectamente explicables en boca «del joven elegido del Señor», en el fondo tenía todo el carácter de un acto de patriotismo, lo contrario del convenio anatematizado; y el partido liberal quedó perplejo, contestó con burlas, apenas contestó. Lo que sobraba de bríos patrióticos al manifiesto, le faltaba de autoridad moral; en esos mismos días, ya lo dijimos, los agentes del Gobierno reaccionario proponían en Europa, á España, sobre todo, una intervención que vino más tarde, dos años después, y se obtenía la complicidad en los preparativos de la toma de Veracruz. Y he aquí, poniendo á un lado papeles, dos hechos incontrovertibles: Juárez y los reformistas lograron que la intervención americana, momentáneamente efectiva, no llegara á organizarse nunca en Méjico; los reaccionarios lograron organizar con propósitos permanentes la intervención europea. Este libro demuestra claramente mi doble aseveración.

¶ Eran las campañas de Miramón dobles círculos viciosos. Si aprovechaba el invierno para ir á Veracruz y no contar al vomitro entre los más temibles defensores de la plaza, tenía la seguridad de que, Jalisco y el Bajío incendiados, su base de operaciones sería amagable seriamente y tendría que levantar el sitio; si dejaba completamente segura esa base de operaciones, la campaña sobre Veracruz sería una campaña de primavera; la fiebre esperaba á su ejército en los médanos. ¶ Así era ahora (Febrero de 1860), y cuando al son de los repiques y llevándose las bendiciones de la GENTE DECENTE salió de Méjico con sus más conspicuos generales (exceptuando Márquez que, procesado PRO FÓRMULA confiaba en Dios en que se llevaría á Miramón el diablo y él quedaría con la zarpa libre para cebarse en los enemigos de la Iglesia) y sus mejores soldados y elementos de guerra, el GENERAL-PRESIDENTE acariciaba un pensamiento secreto. Contaba con la tolerancia, con la complicidad de España. Veracruz sin un riguroso bloqueo podía ser destruído, pero no tomado, por lo menos en el breve término que Miramón necesitaba para defender su ejército de la invasión plena de la fiebre. D. Tomás Marín, que desde la guerra separatista de Yucatán pasaba por el NON PLUS ULTRA de los marinos de guerra en el Golfo, santanista y reaccionario sin reservas, había sido encargado de organizar una flotilla en la Habana para bloquear y bombardear Veracruz si necesario fuese; y la verdad es que el Gobierno español estaba en todo su derecho, aunque no en toda su prudencia política, permitiendo las maniobras de Marín; España no había reconocido al Gobierno de Juárez, ni siquiera como beligerante, y en cambio no sólo había reconocido, sino que había celebrado una especie de alianza con el Gobierno de la capital (tratado Mon-Almonte). ¶ El Gobierno de Veracruz se había podido defender bien de la flotilla reaccionaria; disponía de uno ó dos buques armados en guerra y habría bastado probablemente la artillería de los fuertes para mantener fuera de bloqueo efectivo el puerto. Ningún temor inspiraba la fantástica escuadra, y la musa regocijada de

Guillermo Prieto estallaba de risa pensando en «la escuadra de Marín, almirante Papachín que nos trala por fin, dos guitarras y un violín, dos cazuelas y un.....»

¶ Lo que preocupaba profundamente á Juárez era que detrás de Marín estaba la flota española anclada en Sacrificios frente á Veracruz; buques ingleses y franceses estaban allí también; los franceses forzosamente apoyaban; los ingleses no harían nada, mediarían acaso cuando vieran perdido al Gobierno de Veracruz; en el fondo, á los ingleses simpatizaban vivamente los principios proclamados por los constitucionalistas, y el Gobierno presidido por John Russell, protestante fanático y proselitista como todos los puritanos, había indicado siempre su deseo de ver establecida en Méjico una completa libertad de conciencia y de cultos; pero si los ingleses simpatizaban con los principios, no tenían fe ninguna en los hombres que dirigían la causa liberal, no los creían capaces de ser hombres de Gobierno; Juárez era, por indio, una entidad insignificante para ellos, tal vez Degollado... En suma, las escuadras eran una amenaza que daría ser á la tentativa de Marín, y el bloqueo podía ser perfectamente efectivo.

¶ Sólo había una probabilidad en contra : los buques de guerra americanos que estacionaban también en el surgidero de Veracruz. Y aquí era donde creían los jefes del Gobierno reformista hacer brotar las consecuencias del tratado Mac Lane. En el fondo de ese tratado había una alianza, era claro, como había otra alianza en el fondo del tratado Mon-Almonte. El presidente Buchanan estaba de acuerdo con el tratado; no tenía que esperar más el comandante Turner : en caso de peligro para el Gobierno que había reconocido, peligro venido del exterior, no tenía que vacilar, ayudaría á Juárez.

¶ Miramón había llegado no sin dificultad á Veracruz; los liberales le opusieron serias resistencias, que venció encargando sus tropas de vanguardia á la impulsiva y feroz energía de D. Miguel Negrete. Las tropas reformistas, quebrantadas seriamente, fueron bajando á Veracruz destruyéndolo todo á su paso; el plan era que los reaccionarios no encontraran recursos para subsistir en las comarcas que circundan el puerto. Por fin los veracruzanos sintieron, más bien que vieron, al ejército de Miramón entrar en el radio de acción de la plaza, del primero al dos de Marzo (1860). Necesitaban apresurarse los reaccionarios; los días eran por extremo cálidos ya. La fiebre amarilla, como el espectro de Banco, tomaba parte en el banquete fratricida.

¶ No habían pasado cuatro días desde que las tropas tacubayistas habían establecido sus operaciones desde frente de Veracruz hasta Alvarado, cuando un suceso singular atrajo toda la atención de los porteños hacia el mar. Presentáronse navegando de barlovento á sotavento dos barcos de vapor, que pasando muy cerca del fondeadero de las escuadras extranjeras en la isla de Sacrificios, continuaron en pleno día su marcha hacia la costa próxima. Todo el mundo lo sabía, iban á Antón Lizardo, un hermoso fondeadero desde donde podían po-

nerse al habla con el cuartel general de Miramón. Era la famosa escuadra del general de mar D. Tomás Marín. Con buena anticipación, el Gobierno había declarado que los buques que armaba Marín en la Habana, bajo los auspicios del Gobierno español, no podían usar la bandera nacional y que, por consiguiente, no teniendo nacionalidad, debían ser considerados como piratas, y todo aquel que los apresara haría buena presa en ellos. Como si hubiese querido subrayar Marín la justicia de la declaración oficial, cuando, al pasar á la vista de la fortaleza de Ulúa, fué requerido para mostrar su pabellón, se hizo el ciego y pasó sin bandera. Luego dijo que no tenía obligación de izarla en plena mar; la verdad es que habría tenido que mostrar al tope del «General Miramón» (así apellidaba á uno de sus buques) la bandera mejicana y en el otro (el «Marqués de la Habana») la española, porque no se había abanderado mejicano todavía. Y esto habría causado tan profunda pena y extraña sensación en cuantos lo vieran, que prefirió no izar banderas: «Ellos mismos se confiesan piratas», dijeron en coro los veracruzanos. Turner, el comandante del vapor de guerra americano «Saratoga», convino en ello.

☉ Si Marín hubiera mostrado sus banderas y se hubiese detenido en Sacrificios y allí se hubiera mantenido dos días haciendo viajes á Antón Lizardo, claro es que los americanos no se habrían resuelto á atacarlo, ó que con este ó el otro pretexto los barcos españoles le habrían constituido un reparo. Pero, por fortuna para el Gobierno, no fué así: Marín ancló en Antón Lizardo, recibió allí la visita de los comisionados de Miramón; acordaron que al día siguiente comenzaría el desembarque de la considerable provisión de proyectiles de sitio que llevaba y de que se había surtido en las maestranzas españolas, porque los particulares no venden ni bombas ni granadas; se pactó que uno de los comisionados, excelente marino por cierto y conocedor como pocos del fondeadero de Veracruz, se pondría al frente de uno de los buques y, hecho todo esto, el general de mar, lleno de esperanza y de sueño, se descuidó y se durmió castamente en brazos de Morfeo, como en retórica se dice.

☉ En Veracruz nadie dormía; si esta vez no se sacaba un resultado positivo del tratado Mac Lane, todo había sido vano; era un gigantesco sacrificio de patriotismo y de honor sin objeto, estéril; para un momento como ése, como esa noche del seis de Mayo de sesenta, Juárez y sus compañeros se habían vestido ante sus conciudadanos de una responsabilidad sin par casi en nuestros anales; si no era una alianza, el tratado Mac Lane era un suicidio.

☉ El comandante Turner estaba convencido de que era llegado el caso de prestar auxilio al Gobierno reconocido por el suyo; si los españoles habían dejado armarse la expedición de Marín, con igual derecho debían los americanos desarmarla; si los buques eran piratas por anticipada declaración oficial, los americanos podían apresarlos. Y todo esto era discutible y realmente la policía del mar territorial tocaba á los mejicanos; pero en aquellos tiempos los ápices del derecho, tratándose de nosotros, quedaban fuera de consideración, no se tenían en cuenta: no éramos una nación. ¿Dónde estaba la unidad de este cuerpo que se consideraba á sí mismo dividido en dos mitades injuntables? Turner no sa-

bía, sin embargo, cómo y cuándo debía operar. Inmediatamente, le decían los ministros de Juárez y Zamora y el general La Llave, y él vacilaba.

☉ Había esa noche una tertulia en una casa alemana de las más visitadas de Veracruz; allí había cenado el oficial americano; estaba en la fuerza de las pasiones y de la energía de vivir entonces; allí lo asediaban las súplicas, las sugerencias, los planes rápidos de los jefes reformistas. Él convenía en todo, estaba á punto de decidirse: una campechana, de poderoso atractivo, de grandes ojos cargados de electricidad humana, de enloquecedora sonrisa, estaba allí, vivía allí; Turner vió la súplica de aquellos ojos, el *VAYA USTED* de aquella indefinible sonrisa, y ebrio de entusiasmo salió de aquella casa con el general La Llave. A la media noche estaba con su compañero mejicano á bordo de la corbeta «Saratoga»; remolcado por el vapor «Wave» y llevando á un costado al «Indianola» (buques mercantes que había adquirido el Gobierno de Juárez, gracias á la intervención de Goicuria, el gran patriota cubano que nos prestó tan buenos servicios en aquella época), se dirigió á Antón Lizardo. Los buques europeos anclados en Sacrificios vieron bien la silenciosa maniobra; al pasar la corbeta marcaron con sus luces su situación, pero el «Saratoga» permaneció apagado; parecía aquella una flota espectral; iba sigilosa y rápida hacia su fin; era una partida de caza.

☉ Llegados á Antón Lizardo y con objeto de hacer abortar toda resistencia, rompieron el fuego sobre el «Miramón»; Marín, descalzo, casi desnudo, ordenaba en la cubierta contestar el fuego y quiso huir; lo mismo el «Marqués de la Habana»; mas todo fué inútil; en cuanto el jefe reaccionario se convenció de que tenía que luchar con un barco americano, perdió la entereza; fué entrando poco á poco en silencio y al fin rindió sus dos buques. Considerados como buena presa, fueron trasladados á Veracruz; sus tripulantes y su general desembarcados en el puerto, quedando todo á disposición de los americanos.

☉ ¿Había sido una violación del derecho de gentes? En rigor sí, y así lo declararon los mismos tribunales americanos. ¿El Gobierno de Juárez se podía detener en ese obstáculo? No se realizan con esos escrúpulos las acciones decisivas; el Gobierno de Juárez no violó derecho alguno; seguro de encontrarse con buques españoles en frente, recurrió á su natural aliado; hizo perfectamente bien. Esa noche quedó militarmente vencida la reacción; ya no tenía ni á los ojos mismos de los reactores ninguna razón de ser.

☉ Lo que pasó después, más parecía sugestión de la cólera y el despecho, que la ejecución de un designio militar. Miramón hizo llover sobre Veracruz algunos centenares de bombas; quebrantó algunos edificios, causó la muerte de algunos infelices, y cuando hubo agotado su provisión de proyectiles de sitio, tomó la vuelta de Méjico á donde llegó en Abril. La prensa rectora renovó sus disparos contra el patriotismo de los gobernantes reformistas; ya no sólo el tratado Mac Lane era una prueba del delito de alta traición, sino el haber recurrido contra unos

buques (de los que uno era español) al auxilio efectivo de los yankees. Lo singular es que el reproche haya sobrevivido á aquella época de tempestad y que cada vez que se produce todavía uno de esos accesos de cólera esporádico contra Juárez, que causa cierta excitación momentánea y pasajera y queda en forma de libro ó de folleto destinado á las bibliotecas de obras curiosas, cada vez el cargo de traición fundado en el asalto nocturno á la flotilla de Marín sobrenada con su estela de injurias frenéticas. Es pueril el cargo; en aquellas condiciones y con aquellos temores, cualquiera habría procedido de idéntica manera; eso lo sienten todos en su conciencia; si no había más tabla de salvación que esa y Juárez y sus ministros se asieron de ella, hicieron bien; primero era salvar su causa; ellos volverían á hacer lo mismo y todos volveríamos á aprobarlos; la historia no se hace á golpes de lecciones de derecho internacional, sino á fuerza de actos. El de los americanos pudo ser censurable, admitamos que lo sea: ¿qué importaba eso á Juárez? Lo necesario era servirse de ellos y se sirvió en regla.

☉ Ya en Méjico, Miramón comprendió que su CUESTIÓN DE ORIENTE estaba resuelta; ni tenía recursos ni ánimo para renovar una campaña contra Veracruz, y sin Veracruz todo estaba perdido; quedaban las campañas en el Bajío, que tardarían lo que los reformistas tardasen en reunir sus fuerzas y renovar una batalla tras otra; el ejército reaccionario acabaría por ceder.

☉ Pensar en una transacción era ya imposible. Había un elemento que el joven corifeo podía explotar: la creciente angustia de Degollado, anhelante de paz para su patria. Hombre éste de una complexión psicológica maravillosamente exquisita y fina, las brutalidades forzosas de la guerra, á que tenía que recurrir sin cesar, producían en su espíritu el mismo efecto que el roce violento de las cuerdas de un arpa por una guadaña; sufría horriblemente, era un intenso dolor moral su vida. Esto le predisponía á trabajar incesantemente en su ánimo para encontrar la solución de la guerra civil. En Guadalajara, cuando dejó escapar al general Casanova para que llevase á Miramón facilidades de avenimiento; en LA ESTANCIA, cuando oyó, no sin simpatía, las protestas de amor á la paz del mismo jefe, que engañó su candor; en Veracruz, cuando no rechazó de golpe la combinación de una intervención diplomática y una asamblea constituyente propuesta por los reactivos, combinación que deshizo Juárez con sólo sostenerse en toda la dignidad de su posición legal, Degollado mostró que en su conciencia, como en la del pueblo mejicano, un sentimiento, un grito que venía de lo más íntimo acabaría por sobreponerse á todo y acallar todo: paz. Pero Juárez decía LEY y dijo LEY y repitió LEY y no hubo paz entonces, pero gracias á su actitud la hay ahora. Este oro estaba amalgamado con ese hierro.

☉ En el mismo mes de Abril en que llegó Miramón á Méjico y cuando se ocupaba en reparar su desastre militar de Veracruz y en aglutinar primero para reorganizar luego los fragmentos de su ejército casi disueltos en la retirada hacia la Mesa Central, hubo síntomas claros de que la cuestión militar no sólo era cuestión de tiempo, sino de breve tiempo. Había habido, es cierto, una serie de pequeñas derrotas y victorias compensadas; pero en los Estados en que hasta entonces habían tenido casi sometidos los reactivos, en Zacatecas, en San Luis

Potosí, en el Sur de Jalisco, en Oajaca, donde Rosas Landa combatía contra Marcelino Cobos, dueño de la capital, en Sinaloa, dominado por D. Plácido Vega que avanzaba sobre Tepic, la preponderancia de las armas liberales comenzaba á ser manifiesta. Sólo el Centro, Puebla, Méjico, el Distrito Federal, terriblemente inseguros por el ir y venir incesante de las guerrillas y de las gavillas de bandidos, todavía estaban bien sometidos á la reacción.

☉ Degollado, vuelto de Veracruz al Interior al mismo tiempo que Miramón levantaba el sitio, se multiplicaba y su cuartel general era centro de inusitada actividad. Había adquirido un buen colaborador, el general López Uruga. Éste era un soldado; no era un liberal, ni un conservador; su viaje á Europa lo había ilustrado un poco en materia de ideas generales; tenía el poco afecto que el soldado francés ha demostrado siempre por los clérigos, y como había figurado en primera línea en algunas de nuestras revoluciones, casi siempre en sentido conservador, no encontraba cabida, sino en segundo ó tercer término, en el viejo ejército, al que, sin embargo, pertenecía por toda su educación y todos sus antecedentes. Por eso, por la ambición de llegar á ser el primero en las filas liberales, por su ciencia, que era corta en realidad, por su prestigio (¡había asistido á alguna revista militar prusiana en Potsdam!) y por su conocimiento profundo del soldado mejicano, Uruga tomó un puesto en las filas reformistas. Degollado lo conocía bien, sabía cuán poco firme era su fe en las ideas nuevas, cuánta era su vanidad y presunción, indudablemente superiores á sus cualidades militares; pero al mismo tiempo su fama de estratégico y de táctico, que no tenía fundamento positivo, era muy grande entre ambos adversarios, y había que aprovechar esto y ceder además á las insinuaciones de Doblado, grande amigo de Uruga y cuya cooperación era muy importante.

☉ La verdad es que la gran selección practicada por el general Miramón para organizar el mejor cuerpo de ejército posible con objeto de operar sobre Veracruz, había dejado al Bajío y las ciudades que lo bordan en poder de reclutas casi, y esta circunstancia permitió á los reformistas moverse, avanzar, crecer. Ya no era fácil vencerlos, ya era imposible aniquilarlos.